

G. Fatás
y
G. M. Borrás

EL
PENULTIMO
REQUIEM

COLECCIONABLES REVISTA ARAGON
FASCICULO Nº 1



Zaragoza —la Zaragoza de siempre, esa ciudad supuestamente inmortal— está desapareciendo.

Mucha Zaragoza ha desaparecido ya.

Vayan buenas algunas de esas pérdidas, que más bien han sido ganancias. Pero las hay irreparables, que nunca podrán salvarse; pérdidas que no tenían precio, aunque se fueron por unos pocos duros. Monumentos excepcionales, palacios e iglesias de extraordinaria belleza, de indiscutible empaque, de valor intasable, auténticas joyas de una corona que es hoy casi sólo un aro desguarnecido.

La revista «Aragón», que emprende un remozamiento con la espalda apoyada en una sólida tradición espesa y admirable (ahí está el recentísimo estudio del aragonés José-Carlos Mainer sobre este tema) nos pide unas líneas

de atención y de alerta sobre los contadísimos palacios que la ciudad detenta todavía en su interior, para ayudar a conseguir que, además de poseerlos físicamente, los custodie, los cuide y los transmita al futuro. La nómina palacial zaragozana llegó a ser exuberante: el no demasiado completo Catálogo Monumental de Zaragoza que en su tiempo y con grandes limitaciones materiales confeccionara ese ilustre aragonés que fue el Dr. Abbad Ríos da fe de ello; y aunque el catálogo no sea exhaustivo, basta y sobra para darse cuenta de cuánto tuvo que haber cuando tanto quedaba a finales de los cuarenta y cuánto había en los cuarenta comparado con lo que ahora permanece. Sin propósito de agotar el tema —lo que es imposible, aquí y ahora— vamos a llevar al lector la alarma, la tragedia y un poco de la historia de cuatro de nuestros grandes edificios subsistentes (no decimos en pie, porque uno de esos, el palacio de Zaporta, está en cajones): el llamado patio de la Casa de la Infanta, el palacio de los Pardo, el de la casa condal de Sástago, y el breve y lastimoso resto del Palacio de los Duques de Villahermosa, fachada tambaleante y enrojecedora, guardada sigilosamente por batallones de ratas, escuadras de vigas apuntaladoras y orines y basuras que mezclan, a ritmo de cierzo, sus perfumes con el polvo y los papeles en el solar de lo que ya debiera ser un centro docente salvador de ese rostro noble y aún compuesto de un raro edificio singular en piedra.

el Palacio de Gabriel Zaporta O "CASA de la INFANTA"

El defender estos pedazos de nuestra historia no es un lloriqueo romántico por la conservación de obras antiguas imposibles de reconstruir y eternizar, que es, sencillamente, pedir la creación de centros de cultura albergados bajo una base tradicional. ¿Por qué no se conservó de este palacio el conjunto del patio y la fachada para después hacer las obras de nueva construcción de un Museo, Academia de San Luis, Biblioteca Popular y Escuelas de Bellas Artes cuando el conjunto se ponía a la venta por 29.000 duros? ¿Por qué no lo adquirieron, como se pidió, la Diputación y el Ayuntamiento, conjuntamente, pagándolo en tres años, a razón de cinco mil pesetas anuales por Corporación, ya que el palacio salía a la venta por el simple costo del solar? Máxime cuando era de esperar la ayuda del Ministerio de Instrucción Pública al que la Comisión de Monumentos, presidida por el Rector Ripollés, solicitó tal ayuda en su sesión del 17 de febrero de 1903.

Nada se hizo. Unos años después los zaragozanos se enteraban de que el anticuario parisino Fernand Schultz, presidente del Sindicato de comerciantes de cuadros y objetos de arte, acabada de reconstruir (en fines de 1908. ¡El año del Centenario!) pieza por pieza el bello patio en un «hôtel» del barrio Voltaire. El patio —ni qué decir tiene— causó sensación y las visitas se contaron por miles.

Algunos de nuestros lectores sentirá, acaso, junto a cierta ira irreprimible y acrecentada por la impotencia, un determinado rubor, por el zafio paletismo de nuestro pueblo. Hubo entonces, también, algún zaragozano (hablando a los sordos de esta tierra) que penó al imaginar cómo los franceses, a la vista de la obra de arte trasplantada en tierra extraña, harían comentarios del estado de cultura en que se encontraban los españoles que, por unas pesetas, vendían y dejaban arrancar su arte, su historia y su modo de ser, heredero de generaciones nobles y desinteresadas.

Advirtamos al lector de que, de cuanto hasta ahora hemos dicho, apenas nada es nuestro. Estos párrafos, desde el comienzo del artículo, podrán sonar a actualidad; porque la tienen. Pero no hay ninguno más moderno que el 1903 y en su mayor parte se deben a la pluma de Policarpo P. Terrados que en el **Diario de Avisos** de Zaragoza alzó su pluma en media docena de ocasiones frente al dislate arbitrario, rácano y mezquino.



La ciudad, como era de esperar, comentó el caso. No para llevarse las manos a la cabeza, ni para lamentar su suerte. Con una sorna dolorida poco habitual en él comenta P. P. Terrados, en agosto de dicho año: «Llama la atención de las gentes el mal negocio que han hecho los compradores de los cuatro algezones de yeso que formaban el patio de la derruida casa». En efecto: ¡mira que ir a pagar por unas cargas de yeso casi treinta mil duros! «Les costaría un dineral —sigue— trasladar a París enronas (sic) que nosotros tiraríamos al Ebro».

Dejemos así las cosas, y valga esta introducción avergonzante e irritantísima como prólogo a todo lo que sigue, porque no es caso repetir la salmodia cada vez, aunque está visto que nunca está de sobra entre nosotros clamar contra la barbarie y el «allí me las den todas».

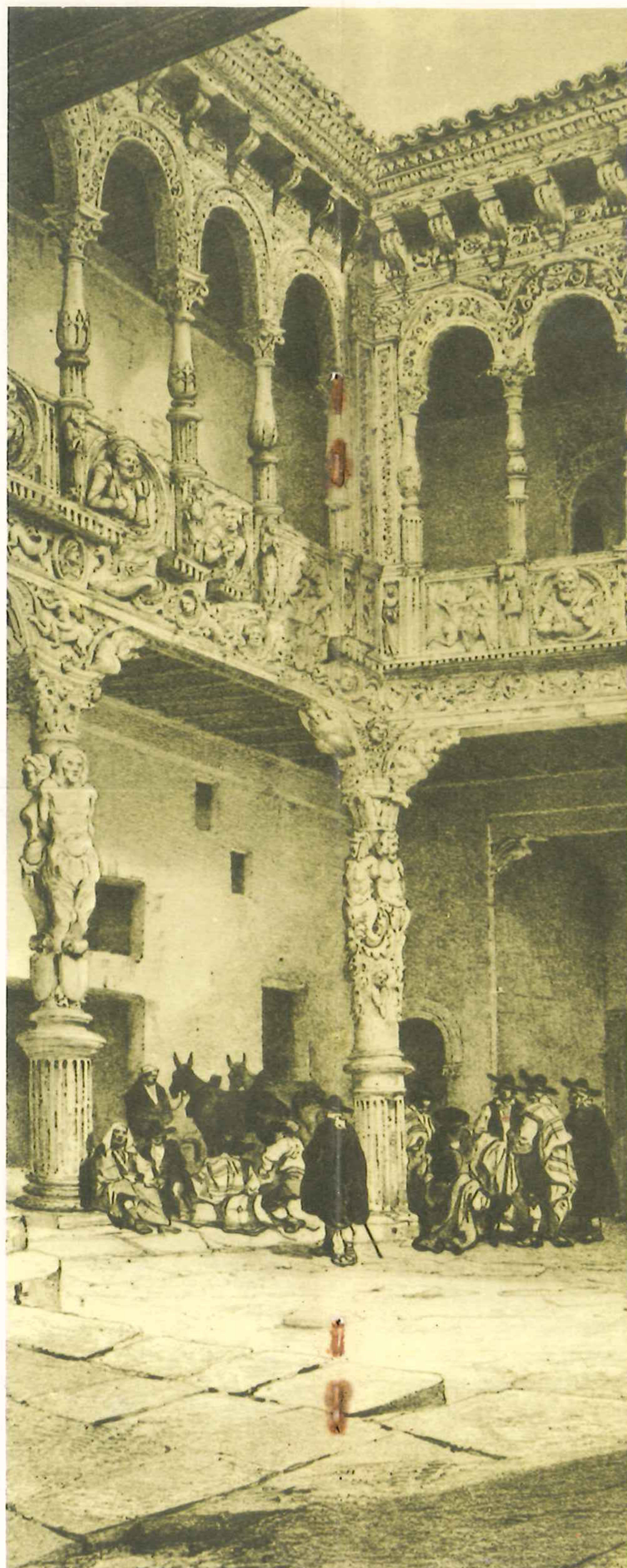
El Palacio de la Infanta (estudiado, por lo que hace a su última bibliografía, por Santiago Sebastián en «Goya», n. 105, pp. 164-7, noviembre-diciembre, Madrid, 1971) era, en juicio de Chueca Goitia, «espejo de palacios aragoneses».

Gabriel Zaporta, banquero del Emperador, ennoblecido por éste («poderoso caballero...»), señor de Valmaña, mandó construir una mansión palaciega cuyo autor ha sido silenciado por los documentos pero que sin duda fue Juan Sanz de Tudelilla en cuanto al patio concierne. El patio fue la pieza monumental de la casa, como en tantos otros palacios aragoneses, y así lo reconocen todos los autores, que no por ello desprecian los ya irremediablemente inmolados aleros mudéjares y la fachada de ladrillo. (¡Qué maldición ésta la de Zaragoza que no ha hecho de su maravillosa arquitectura sino escombros de yeso, barro y madera, pasmándose sólo ante la piedra escasa y tomándola siempre por rábano cuando a menudo no era sino hoja!). Tudelilla fue un artista, si no

extravagante, cuando menos anti-clásico. El trascoro del Salvador o del extinto claustro jerónimo de Santa Engracia (destruido por el Ayuntamiento en 1836 y sólo dañado por las bombas de 1808) dan prueba de ello. Con gran finura de entendido dice nuestro paisano Sebastián que mezcló Tudelilla el lenguaje ornamental de la primera generación cinquecentista (con mucho de tardogótico) con el de la tercera, ya decididamente manierista; se manifiesta la última en los increíbles soportes columnarios, antropomórficos o teratomórficos. Y, en general, son asombrosos todos los soportes palaciales que no tienen parangón, por su personalísima facha, con nada de lo que en 1546 se andaba haciendo por Europa.

¿Manierismo en la Zaragoza de mediados del XVI? Exactamente eso. En la vanguardia europea, como fue frecuente por nuestras tierras en un pasado más glorioso que el presente. (Quizás por eso, en el fondo, se le viene condenando con saña al silencio de la muerte). Son las de Zaporta columnas de escultor, y no de arquitecto: Tudelilla (en Zaragoza y fuera de ella) testimonió siempre, descaradamente, la hibridación que en él vivían las dos artes. Y habrá que esperar a 1560 para encontrar en la Península obra semejante y comparable a ésta por su calidad manierista y aún así, la conquense capilla de los Muñoz, obra del francés Jamete, no será ni tan rica ni tan compleja.

Blecua y Gállego (dos hombres de la diáspora aragonesa) cuentan hoy entre las figuras cimeras que han renovado los estudios de nuestro Siglo de Oro. Gállego, concretamente, hombre interdisciplinar y asombroso, ha sabido traer una corriente de aire fresco al formalismo académico que se encerraba pertinazmente en las vías muertas de lo trillado. De la mano de Francastel ha metido en España y en Aragón técnicas que evidencian



que nunca un arquitecto es sólo un arquitecto, ni un pintor sólo un pintor, ni un hombre sólo su oficio. Santiago Sebastián, trabajando en una línea plural y fecunda, paralela a la que digo, ha escrito unos párrafos que sorprenderán, estamos seguros, al lector. Los transcribimos:

Seis de los ocho relieves que decoran el antepecho «se refieren a los trabajos de Hércules: lucha con el centauro, con la Hidra de Lerna, con el león de Nemea, Hércules y Anteo, Hercules entre el Vicio y la Virtud. Hércules y los toros de Gerión; aparte quedan dos alegorías sobre la Fortuna y el Amor». El aspecto iconológico de este patio («tal vez el ejemplo más expresivo de cuantos nos ofrece el arte español del siglo XVI») presenta el «programa» hercúleo y los medallones «en función de una simbología arquitectónica», o sea: formando parte de una semántica, de una sintaxis lingüística hoy un tanto misteriosa pero perfectamente evidente y expresiva para un espectador cultivado del siglo XVI. La **Diana** de Montemayor, coetánea del patio, es una novela «en la que se describe el famoso templo de la diosa de la caza, con un rico y monumental patio, en el que estaban esculpidas las hazañas de héroes antiguos como Aníbal, Escipión el Africano, Marco Furio Camilo, Horacio, Mucio Escévola, Marco Varrón, César, Pompeyo, Alejandro, etc. También estaban los héroes españoles, encabezados por las figuras medievales del Cid, Fernán González, Bernardo del Carpio, el Gran Capitán, etc.; este patio —el de la **Diana**— recreado literariamente, tenía letreros explicativos, aspecto éste que no existe en el patio del palacio Zaporta. Resulta evidente que el humanismo aragonés del siglo XVI planeó un programa similar aunque las figuras de los héroes estén por identificar. Ahora, al recordar el exilio de las venerables piedras, resulta más vergonzoso saber que

fueron vendidos los retratos de ocho de nuestros héroes nacionales».

Y termina Santiago Sebastián (y con él nosotros):

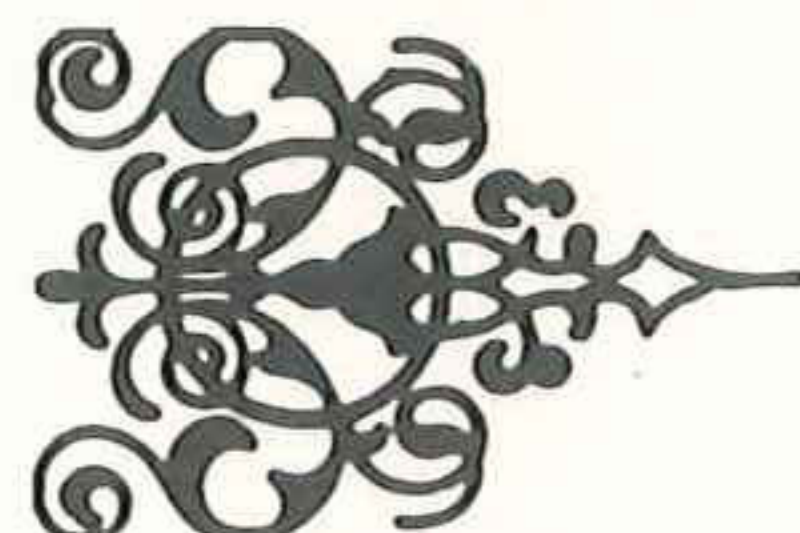
«Ya es hora de que el más rico de los patios aragoneses, en expresión de don José Camón Aznar, sea reedificado de nuevo. Los sillares y fragmentos están esperando la voz urgente que les diga: reuníos y levantaos. Sería deseable una campaña de prensa que impulsara a las autoridades culturales de Zaragoza para acabar con el martirio de tan importante obra del patrimonio artístico de nuestra patria».

Aquí sabremos impedir que nos roben el Ebro, pero no hacer unos canales de riego. Sabemos hacer viajar materialmente a la Historia en un estúpido viaje Zaragoza-París que tuvo un afortunado regreso, pero, la verdad, en el barrio Voltaire el patio se podía ver, aun por los zaragozanos. En la orilla del Ebro, es invisible. Misterios de esta ciudad insondable, que no acepta redentores...





Dejábamos arriba a nuestro buen Terrados estropeándose la garganta con sus voces solitarias en el asilo de sordos que es esta ciudad. Con criterio modernísimo propugnaba albergar en el Palacio de Zaporta el Museo, la Biblioteca, la Academia, la Escuela de Bellas Artes. Todas esas instituciones hallarían allí cobijo digno y el Palacio (por unas miserables pesetas paga-



deras en cómodos plazos de dos mil años de vida civilizada) tendría el futuro asegurado: nada hay mejor que la presencia de la vida en una casa para que ésta no muera. A pocas fechas vista (cuatro años: total, nada) la ciudad debió desembolsar unos cuantiosos dineros que antes parecían imposibles de encontrar, para construir todo eso que Terrados resolvía tan baratamente y con tan gran ganancia para la comunidad.

Zaragoza —cierta Zaragoza, claro— en vísperas de otra efemérides tan gloriosa como la de aquellos días, se dispone a no consentir siquiera que otro monumento y su contenido artístico sea salvado por ese procedimiento tan barato: que alguien lo ocupe y lo cuide. Nos referimos al Casino Principal. Potentísimos negocios (más fuertes que la Ciudad, que su historia y que su futuro) andan empeñados en demostrar la ruina de la noble construcción, unidos en común e inexplicable esfuerzo con algún arquitecto —al que no calificamos por prudencia mera y simple— que afirma en documento escrito y ante la opinión pública que dicha fachada es poco menos que un **pastiche** sin valor. Hacen falta valor y desconocimiento para afirmar tanto. Casi los mismos

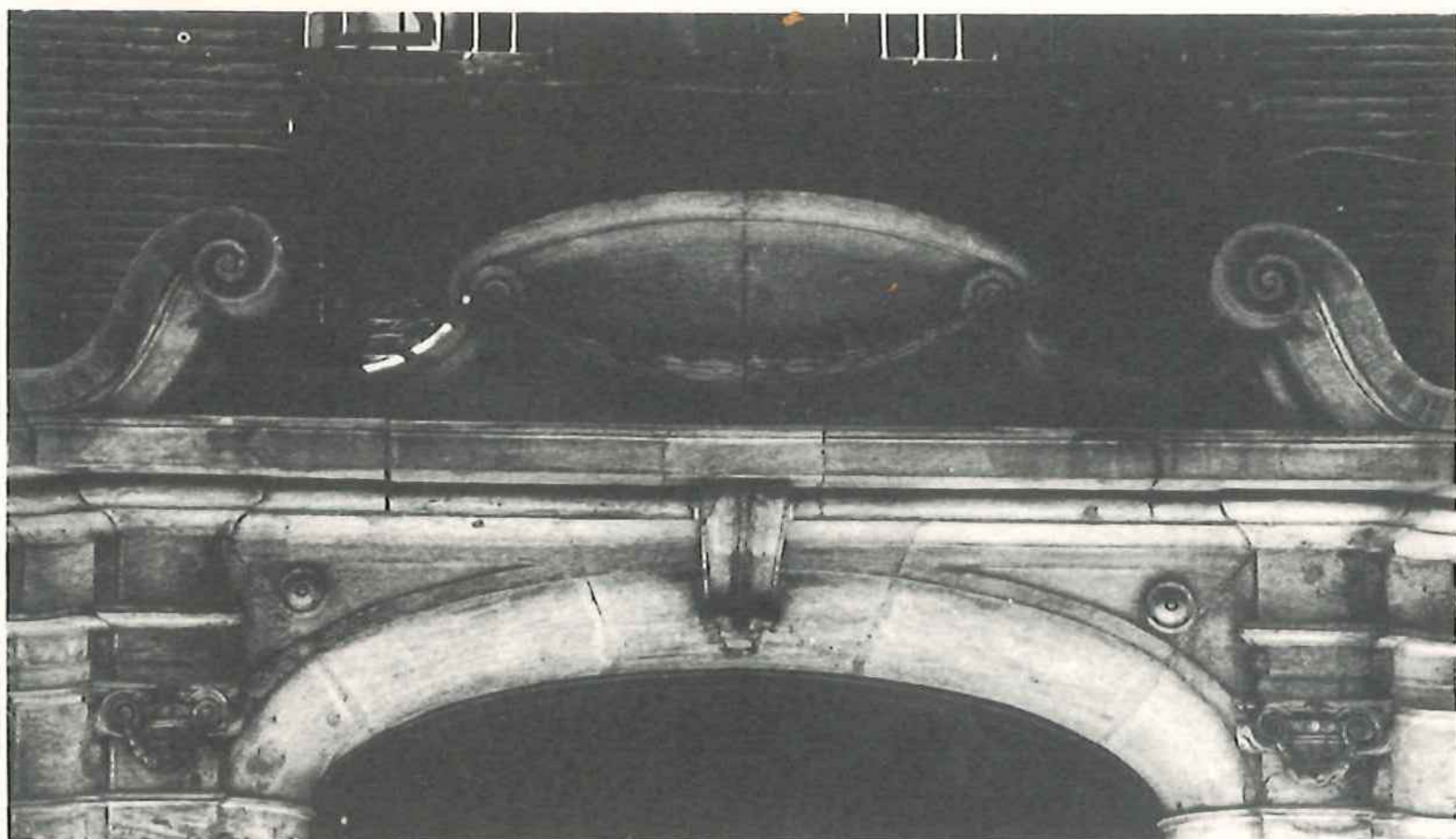
que son precisos para reducir el Palacio a su sola fachada...

La Sociedad del Casino de Zaragoza encargó, con motivo de un reciente cumpleaños, un estudio a José Blasco Ijazo, cronista oficial de la Ciudad aunque en los últimos tiempos haya privado a la misma de casi cualquier actividad que justifique tal nombre, no habiéndose hallado heredero, al parecer, para

el Palacio de los Condes de Sástago

este útil, hermoso y comprometedor cometido. En la edición del folleto apenas hay datos de valor sobre la arquitectura del **Casino**. Vaya por delante —que no hace falta ser arquitecto para eso— que toda la galería alta es del siglo XVI, y hermosísima, típica y archi-típica de una arquitectura muy nuestra. Quien lo niegue, lo niega por ceguera, por interés o por ignorancia, de buena o de mala fe, según los casos. No es, evidentemente, una casa en ruinas. Tampoco hay que ser un especialista para saberlo. Del contenido de la casa hallará el interesado noticia en la obrita de Blasco citada y en un artículo de **Salluitano** recientemente impreso («Andalán» de enero del 74). Eche un vistazo el paseante al alero, a ver por dónde anda el **pastiche** y contemple los remiendos decimonónicos de la planta baja, que no se deben sino a la muy heroica resistencia de la casa en los Sitios de la ciudad.

Piense el zaragozano de la calle que por allí pasean sus fantasmas Ercilla, «inventor de Chile», Felipe II, el último Carlos y el último Fernando. Adivine el visitante los paseos nerviosos de don José de Palafox, el de algún que otro Capitán General de Aragón y los muchos dados por sucesivos Gobernadores Civiles.





Pinturas de Lasuén y de Unceta (en paneles y bovedillas), obras de Magdalena, de Gonzalvo, de Ferrant, de Jiménez Nicanor. Una Biblioteca (con mayúscula) que ha encontrado allí refugio seguro en una tierra donde los libros, sobre raros, andan últimamente entre cascote y gitanería desarreglada, con un contenido aragonés de primerísima fila, aunque en los últimos tiempos vaya aumentando la nómina de novelitas y bajando la de obras de autor o temas de la tierra.

Como decía sabiamente **Salluitano** «se trata ahora de averiguar si la trasera del palacio es ruinoso. Y se me ocurre pensar que, aunque lo fuera —que ya veremos—, habría que consolidarla, simplemente. Y, sobre todo, nosotros, que estamos dispuestos a gastar millones para meter un tren por el cauce del Huerva y a quitarle a la ciudad un río. Al lado de semejantes obras faraónicas, lo de arreglar el Palacio sería como el chocolate del loro...».